

y muy cerca el teatro ahondado en las rocas del monte Prion.

Gran interés despierta este monumento. Data incontestablemente del tiempo en que San Pablo vino á Efeso, y en él sin duda el Apóstol predicaba con frecuencia, puesto que vemos al pueblo amotinado por el platero Demetrio acudir allí como á un lugar donde debia encontrarlo (1).

Esta ciudad, el centro religioso mas importante del Asia pagana, gracias al culto de la gran diosa Diana, vino á ser el principal foco donde el cristianismo brilló en el Asia Menor. San Juan, salvo el tiempo de su destierro en Patmos, pasó allí la mayor parte de su vida, y la Santa Virgen permaneció algunos años á su lado.

(1) Act. de los Apóst. 19.

Podria hablar aun del Concilio de Efeso, donde fue condenado Nestorio, de las luchas de la edad media, del paso de Luis VII; pero ya lo he dicho, el limitado cuadro en que debo encerrarme, no se presta á semejantes escursiones. Visitando las ruinas del Asia Menor, he citado algunos de los hechos principales de que fueron teatro, pasando muchos en silencio: el lector podrá meditarlos evocando sus propios recuerdos y concluir un trabajo que yo he bosquejado solamente; podrá meditarlos viendo los dibujos que reproducen la faz de una tierra clásica, y con ellos mejor que con mis narraciones fijará su atención en comarcas en que tan grandes acontecimientos se han consumado, y á las cuales reserva quizá aun la Providencia altos destinos.



El tacon (vehículo de Madagascar).

MADAGASCAR A VISTA DE PAJARO,

POR MR. DESIRE CHARNAY.

1862.

I.

Madagascar.—Tamatava.—Ovas y malgachos.—Ojeada retrospectiva.—Ramar y Rasolo.—Julietta Fiche.—Paseo por la ciudad.—Los marmitas.—Casa malgacha.

El viajero que acaba de admirar al paso las hermosas costas de Mauricio y de la Reunion que dominan las rocas basálticas del Peterbott y las altas cimas de los Sallazes, no sentirá muy grandes impresiones á vista del paisaje de Madagascar en Tamatava.

Vista desde lejos, la costa solo ofrece una playa baja de arena blanca, manchada por aquí y por allá con la extraña vegetacion de las vacoas. Agitada por los vientos del Este, el mar se estrella con ruido en sus orillas, desde donde apenas se distingue la azulada línea de las montañas de Tanariva.

De mas cerca, el panorama se estiende poniendo á la vista mas detalles: véanse las copas de las palmeras que la brisa balancea, descúbrense los mas altos edificios, y en breve aparecen los numerosos edificios que componen la ciudad de Tamatava.

Situada al Sureste del continente africano, de que está separada por el canal de Mozambique, Madagascar se dilata en la direccion del Nordeste entre los 12 y 26° de latitud Sur y los 41 y 48° de longitud Este, abrazando una estension de mas de 350 leguas sobre una anchura máxima de 175. Su superficie es por lo menos igual á la de Francia; es casi un continente. Su poblacion, calculada en 4.000,000 de habitantes, no ascenderá, segun nuevas apreciaciones, á 2.000,000: es casi un desierto.

Digamos algo de su historia.

Los portugueses descubrieron á Madagascar en

1506 y la abandonaron muy luego: los franceses la visitaron á su vez, y desde las patentes dadas por Luis XIII á la Compañía de Oriente, la gran isla africana ha visto muchas expediciones francesas. Todos nuestros reyes, á contar desde esta lejana época, se esforzaron en colonizarla: la república adoptó la misma idea; el primer imperio hizo otro tanto, la restauracion y Luis Felipe tendieron al mismo objeto y enviaron allá administradores, marinos y soldados. Fue, puede decirse, una ocupacion continua que no deja ninguna duda sobre los títulos de Francia á su propiedad. Sin embargo, Madagascar, no fue nunca enteramente francesa.

Llamada al principio isla de San Lorenzo, isla Del-fina, despues Francia oriental, se dió últimamente el nombre de Madagascar á esta comarca casi misteriosa, hácia la cual tienden hoy nuestras miradas. Leyendo las relaciones de los primeros viajeros, creeríase uno trasportado á una tierra de promisión: cada ciudad resuena con los alegres gritos de sus habitantes; solo se ven fiestas por todas partes, juegos y danzas; ni se oyen mas que cantos de amor. El malgacho era libre entonces, gozaba de toda la plenitud de su ser y de la vida fácil que el Creador le había concedido.

Hoy, despues de cuarenta años de espantosas persecuciones, se esfuerza aun por sonreír: canta, danza todavía en los momentos de tregua que le permite su señor: su señor es el ova. En pocas líneas quedará el lector enterado de esta conquista.

Hay en Madagascar dos razas de hombres bien marcadas: el malgacho y el ova. El primero, sakalabo, betzimisaracko ó antankaro, es un negro mas ó menos modificado por el contacto de los cafres, de los mozambiques ó de los árabes. Alto, fuerte, salvaje, en el Sur y en la costa Suroeste ha sabido conservar su independencia. En la costa del Este el betzimisaracko, mas dócil, de mas elegantes formas, mas ligero, mas muelle, fue de los primeros en perder la libertad. En el Norte el antankaro, robusto, bravo, muy parecido al mozambique; lucha aun y busca en los parajes mas inaccesibles del interior, ó en las islas del litoral, un refugio contra la tiranía de los ovas.

En cuanto al ova, de origen malayo, y arrojado en época desconocida á las costas del Madagascar (1), fue empujado al interior por las poblaciones primitivas, y acabó por agruparse y establecerse en la llanura central de Emirna.

Esta colonia ó nueva poblacion tuvo un destino extraño: considerada en otro tiempo como *paria* por los

(1) Su origen es muy antiguo, porque Edriti, geógrafo árabe del siglo XI, citado por Albufeda, hace mención de la comunidad de lenguaje y origen que existía entre los habitantes del Zendg (Madagascar) y del Zabedg (Java).—Geografía de Albufeda, traducida del árabe por M. Reinaud.

malgachos, todo objeto manchado por el contacto de uno de sus miembros era declarado impuro; la casa en que el ova había reposado, era reducida á cenizas: en una palabra, el ova era maldito por todos los habitantes del país.

Aislado en su guarida, el proscrito incendió los bosques que podían ocultar un enemigo, devastó los campos de Emirna, hizo un desierto del país, y para evitar toda sorpresa, asentó sus caseríos sobre las colinas de la llanura. Mas tarde, como tácito acuerdo de una paz de que tanta necesidad tenía, y como tributo al malgacho, á quien reconocía entonces por señor, depositaba en los límites de los bosques, arroz, maiz y otros objetos que éste último venía á recoger. Esta época de su historia ha pesado en el carácter del ova, quien ha venido á ser triste, desconfiado, rastro, falso y hasta cruel, y cuando á fines del siglo pasado un hombre de genio, Andrianampuin, vino á redimirlo de la servidumbre, no tuvo que hacer otra cosa, que reunir tribus dispersas, cuyo instinto de dominacion y sed de venganza, hizo de ellos bravísimos guerreros.

Los ingleses, adivinando en este pueblo un obstáculo para la Francia, le enviaron al sargento Hastie, que constituido en consejero de Radama I, disciplinó su ejército y dirigió sus conquistas. Treinta años hace, los ovas se apoderaron de una parte del Madagascar; desde entonces diezman á la desgraciada poblacion negra, pues nunca se vió ejercido con mas impiedad el derecho de conquista.

Tamatava es el asiento mas importante de su gobierno en la costa del Este, donde ejercen una autoridad sin límites, y los *bravos de los bravos* (título que se dieron ellos despues de nuestro desgraciado suceso de 1845), tan implacables con sus infelices súbditos, llevan menos alta la cabeza cuando encuentran á algun blanco (vasa) en su camino. Ocasión tuvimos de notarlo muy luego de nuestro arribo.

En efecto, una piragua remada por negros, con tres hombres ridículamente engalanados se aproximó al costado de nuestra embarcacion: era una visita de inspeccion. La embajada se componía de Ramar, jefe de la policia, acompañado de dos subalternos.

Este grotesco personaje llevaba un sombrero de general, adornado con un plumero y bordado de enormes plumon blanco, una vieja casaca de bombero con dos enormes charreteras inglesas y un pantalon oscuro con ancha franja de oro. Ninguno de tales trebejos había sido hecho para él, que debió comprarlos de lance sin duda á algun mercachifle de Tamatava: así que el pobre Ramar tenía el aire mas cómico del mundo. Como complemento de su traje, el jefe ova llevaba en la mano derecha un sable corvo y mohoso, ostentando en la izquierda un abigarrado pañuelo á cuadros,

verdadero objeto de lujo para su propietario. Los ayudantes de campo no se distinguían de su general, y por sus raras charreteras de canelones de oro, tan desmesuradamente largos, que les llegaban á los codos. sino por sus casquetes de capitán de marina inglesa



Paisaje malgacho.

La visita fue corta: quedó solo en el puente del navío, donde cada cual sonreía de su aparicion, por lo que Ramar volvió furioso á su piragua, conociendo sin duda el efecto que había producido y tambaleán-

dose como un beodo: fue menester, por decirlo así, traspasarlo á su piragua.

Rasolb (1), gloria antigua de Tanguin y edecan

(1) Pronúnciase Rasul; en malgacho la *o* intermedia vale *u*.

del gobernador de Tamatava, nos hizo tambien el honor de su visita. El mismo traje estravagante, el mismo semblante intimidado, la retirada misma.

Desembarcamos luego (2 de agosto 1863), y vimos á la señorita Julieta, á quien fuimos presentados. Julieta Fiche, primero malgacha, y desde hace poco ova, es una mujer de unos cincuenta años, alta y obesa, pero de una obesidad que no sienta mal á su estatura: su cara es abultada, sus ojos vivos, y su graciosa sonrisa descubre una dentadura de blanquísimo esmalte. Mirada como la providencia de los franceses en Tamatava, su abnegacion y su caridad le han valido de parte del emperador una medalla honorífica. Recibe con la mayor bondad, y su casa, que es la primera como se vá de la playa, está abierta á todos los que arriban. Pero la conversacion de Julieta sorprende mas aun que su persona, y causa ciertamente admiracion el hallar tan lejos de todo centro literario una malgacha hablando de letras tan bien como de política, y todo esto, mezclado de observaciones muy ingeniosas en lenguaje extraordinariamente castizo. Madama Ida Pliffer, agriada por el sufrimiento, fue injusta para con ella, como despues lo probaremos.

La vista de Tamatava es la de un poblachon; un gran conjunto de casas que no ha ambicionado nunca el nombre de ciudad: todo es relativo, sin embargo, y se dice la *ciudad de Tamatava*.

La calle principal fue el objeto de nuestra primera exploracion: es una avenida estrecha y prolongada que cierran delgadas estacas, limite de las casas dispersas por ambos lados. Avanzamos por ella, ya abrasados por el sol, ya á la sombra de los bananos de anchas hojas ó de las moreras de raya roja. A la derecha se despliega el pabellon inglés: es el consulado de Inglaterra. Mas lejos se eleva un alto edificio de madera: es la morada del Rothschild malgacho, Redington, corredor de los ovas para la venta de bueyes. Algunas casas de tratantes continúan aun la calle, y penetramos en el barrio malgacho. Las casas cambian ya de estructura y dimensiones. El ravenal (*urania speciosa*) hace todo el gasto; pero el aspecto es limpio, el interior gracioso, y bellas jóvenes nos sonrien mostrando sus blancos dientes, mientras que los hombres nos gritan: *marmitas, marmitas*, esto es: portadores, ¿quieren ustedes portadores? Algunas veces los ovas, con su andar vacilante, su mirada oblicua, su sonrisa maligna, os acogen con un buenos dias, señor.

Por otra parte modestas tiendas muestran en sus dinteles sus géneros heteróclitos: grandes banastas de langostas secas, botellas vacías, algunas cotonadas inglesas, rábanos enormes, microscópicos peces, cola o y la a finales, e muda; así se pronuncia Radam por Radama, Rakut por Rakoto, etc.

torras de cabeza azul, *makis* negros y blancos, ó de cola ensortijada, grandes papagayos, enormes lios de hojas que sirven de manteles; frutas, batatas, plátanos, ignamas, esteras y la imprescindible barrica ó tonel de *betza-betza*. La *betza-betza* es un licor de jugo de caña fermentado y mezclado con plantas amargas: es una bebida detestable para nosotros, deliciosa para los malgachos.

Avanzamos aun mas: la calle, cada vez mas animada nos anuncia el bazar ó mercado. Un espantoso chino nos dirige la palabra en un francés completamente bárbaro, obligándonos con irresistibles artimañas á entrar en su tienda, *pandemonium*, en que reina el mas singular desbarajuste y donde el dueño es el mas curioso articulo. Dejámoslo poco satisfecho de nuestra improductiva visita, bien que nos cambiara algunas piastras por unos pedazos de plata que son la moneda corriente del pais (1).

Penetramos luego en el bazar. Allí, bajo cobertizos sucios, elevados algunos pies apenas sobre el nivel del suelo, están las tiendas aristocráticas de los conquistadores: en efecto, casi todos los comerciantes son ovas, que presiden, sentados á la oriental, la venta de los menudos objetos espuestos al público delante de ellos: sal, balanzas, telas, vieja cuchillería, carnes, etc. La atmósfera infecta por las emanaciones de la sangre de las reses que matan en la plaza pública y la carne putrefacta por el calor, hace peligrosa esta mansion. Nubes de moscas zumbantes, de que apenas puede uno librarse, vuelven sin cesar á la carga, y hay que abandonar este sitio con el cuerpo enfermo y el corazon tambien, al considerar esta raza degenerada de los ovas, á quienes nos habian pintado con tan bellos colores.

Pero la calle vá á desembocar al campo: la seguimos todavia y saludamos al pasar á los padres jesuitas, cuyo modesto establecimiento marca por esta parte los limites de Tamatava. En frente se alza la batería ó fortaleza con su asta-bandera. Su blanca flámula agitada por la brisa, permite al pasajero leer el nombre de la nueva reina.

«Rasuaherina, panjaka ny Madagascar.» (*Rasuaherina, reina de Madagascar*).

El estandarte flota encima de la casa del comandante, su alteza Andrian Mandrosso, ex-bovero, hoy príncipe ova. El campo está á lo lejos árido y desnudo: algunos reflejos dejan adivinar sus pantanos, y mas cerca de nosotros, en el centro de la misma ciudad, grandes charcos de agua estantía llevan á las

(1) Los malgachos, respecto de monedas, solo se sirven de las de 5 francos, que parten en pedacitos y pesan en pequeñas balanzas de una exactitud extraordinaria. Pueden pesar, segun aseguran, hasta 720 partes de una piastra. Las principales monedas son las mas pequeñas: el *voemen*, 30 c.; el *sikazi*, 60 céntimos; el *kirobo*, 1 fr. 25 céntimos.

habitaciones la influencia deletérea de los miasmas palúdicos.

Terminada esta primera escursion pensamos retirarnos, y dirigiéndonos á la izquierda, atravesamos la ciudad entera, pasando por una especie de arrabal. Sus casas, mas pequeñas y pobres que cuantas habíamos visto hasta allí, formaban un laberinto del que por fin pudimos salir no sin dificultades, y sin embargo, teníamos prisa; no porque tuviéramos nada que temer; pero mujeres de aire equívoco y hombres de dudosa expresion daban á este barrio no muy buen aspecto. A las tres, finalmente, llegamos á casa de uno de nuestros amigos.

La casa habitada por M. B. es una de las mas elegantes de Tamatava: es de construccion malgacha y puede servir de modelo en este género; está situada dentro de un patio de arena fina, á la sombra de los mangles, siempre verdes, y perfumada por el aroma de las pamplemusas y naranjos. Sus dependencias costean el cercado en este orden: cocina, aposentos de esclavos y criados, y pabellones para los amigos.

El cuerpo del edificio estriba sobre pilares de unos 30 centímetros de altura: las vigas de raffia sostienen unos gruesos zarzos de bambú que forman la pared exterior de la casa, y el arazon del techo igualmente hecho de vigas de raffia está cubierto con ligeras hojas de ravenal. El conjunto ofrece una vista encantadora.

El interior, como el de la mayor parte de las viviendas malgachas, se divide en dos compartimientos, y cada uno de ellos, así la sala comun como el gineceo, están vestidos de *rabanes*, formando tapicería, mientras que el suelo desaparece bajo esteras de junco estremadamente limpias. En cualquier parte desearia uno un retiro semejante: en el reposamos con delicia de las fatigas de nuestro largo paseo.

II.

El *tacon*.—Bahía de Ivondú.—La orilla del mar.—Tempestad.—Los bosques.—Llegada casa de Mr. Laborde.—Un almuerzo malgacho.—La viuda.—Aspecto del pais.—Los bailes.

El dia siguiente habíamos de volver casa de monsieur Clemente Laborde, quien nos esperaba en su habitacion, situada en las primeras colinas que se alzan á lo largo de la costa y á unos 12 kilómetros de Tamatava. Así, pues, estábamos dispuestos muy temprano para disponer nuestros bagajes y organizar la carga y partida de nuestros *marmitas* (portadores). Pero el cielo se anubló, la lluvia caía á mares y las ráfagas azotaban la cara. Motivo habia para que temieran los mas intrépidos; nosotros, sin embargo, partimos.

El *tacon* es el único vehiculo que se usa en Madagascar; su construccion no puede ser mas sencilla:

figuraos una silla ó poltrona, si se quiere, puesta sobre unas parihuelas: sus arreos son ligeros; cuatro hombres la levantan sin esfuerzo, cuando el viajero no es de una obesidad extraordinaria. Si el tacon, como vehiculo es el único conocido, consiste en que es tambien el único posible, porque en Madagascar no hay ninguna clase de caminos y los carruajes no podrian penetrar en el interior. Los malgachos no tienen, respecto de cuadrúpedos, mas que bueyes, de los cuales únicamente hacen un género de comercio, siendo para ellos el caballo un objeto de gran curiosidad. Seria por otro estilo tan imposible viajar á caballo como en carruaje, pues las fangosas lagunas, los rios y los bosques, impedirian su marcha á cada paso, menos en las planicies del Norte, donde no seria difícil.

Para un simple paseo de tacon son necesarios cuatro hombres; para un viaje de algunos dias se necesita un ejército, cuatro portadores con sus tres relevos, ó sean doce para el viajero y veinte y cinco ó treinta hombres mas para los bagajes y provisiones. Calcúlese el número de malgachos necesarios para un transporte de diez personas: cuatrocientos cuando menos. Nuestra escursion no permitia tanta gente: solo llevábamos ocho hombres cada uno.

Partimos, pues, con el sombrero hasta los ojos, porque la lluvia nos cegaba, y sin nuestras capas de *cantchuc* nos hubiéramos ahogado literalmente. En cuanto á nuestros malgachos, no se cuidaban de tan poca cosa: marchaban á su pasito trotado, hiriendo cadenciosamente la tierra, y dando por intervalos unos extraños gritos á que se contestaba sucesivamente por pelotones ó grupos. Muy luego llegamos á la orilla de la pequeña bahía de Ivondú, el viento redoblaba su violencia y era hermosísimo espectáculo el del mar. Ya ondulaba á lo ancho formando colinas de agua, ya se rompía furiosamente contra los canales de la punta de Haiti, despues como formando tres cuerpos superpuestos de inmensas volutas, venia á morir á nuestros pies cubierta de espuma, ahogando nuestra voz con su estrépito formidable y arrojando hasta nuestros conductores arena y los restos que flotaban sobre sus aguas.

La admiracion no se cansa ante estos magníficos espectáculos: yo, por mí, olvidé el objeto de nuestro viaje y las incomodidades que sufríamos. Aquella voz, semejante al trueno, aquella lucha de gigantescas olas, aquella inmensa planicie de espuma, me cautivaba aun cuando torciendo á la derecha penetramos en un bosque hácia el interior. Al ver el mar en estos instantes supremos, la formacion arenosa de las llanuras de Tamatava se esplica fácilmente, pues claro se ve que solo ha sido necesario al Océano el decurso de algunos siglos para poner de relieve aquellos vastísimos espacios.